

Jefes potiguaras, entre portugueses y neerlandeses, 1633-1695

Ronald J. Raminelli*

En la historia de Pernambuco, Felipe Camarão ocupa un lugar de honra en el panteón de los restauradores y en la memoria nativista.¹ Desde el Seiscientos, los cronistas no se cansaron de enumerar sus cualidades de muy fiel vasallo, valeroso capitán, fervoroso cristiano y devoto de Nuestra Señora. Loreto Couto, exponente de las letras pernambucanas, no escatimó elogios al guerrero indígena, que “para rebatir los ataques, para entrar en las batallas, antes se fortalecía con los sacramentos que con las armas”. En las peleas se destacó de tal forma que, como reconocimiento a su lealtad, los soberanos Felipe IV de España y D. João IV de Portugal le concedieron el honroso título de caballero y comendador de la Orden de Cristo.² Camarão no sobrevivió a las victorias luso-brasileñas para disfrutar la honra proveniente de sus hechos. La muerte prematura, por cierto, consolidó su áurea de héroe, de mártir de las guerras pernambucanas. Sus descendientes y compañeros de batallas, aunque sobrevivieron y presenciaron la restauración, no recibieron la recompensa señalada por los soberanos de la dinastía Bra-

ganza. Héroes y vasallos con tacha de impuros, como Henrique Dias y Diogo Pinheiro Camargo, no obtuvieron de la monarquía la confirmación de las promesas realizadas en el calor de los embates. Al terminar la guerra, la disputa por honras sería hasta tal punto exacerbada que para indios y negros las mercedes regias se convirtieron en quimera.

En Pernambuco, la resistencia luso-brasileña contra el dominio flamenco se fortaleció con la aclamación de D. João IV y con el Tratado de La Haya.³ En el plano externo, el dominio holandés sufrió con la caída del precio del azúcar, y finalmente, con la guerra anglo-neerlandesa (1652-1654).⁴ La inestable dominación holandesa enfrentó además la rebeldía de los colonos, insatisfechos por la presión ejercida por los administradores de la Compañía. Inicialmente, la Compañía de las Indias Occidentales estimuló la reconstrucción del sistema productivo, debilitado por la guerra, recurriendo a los comerciantes y a préstamos para que señores de ingenios y labradores retomasen la producción. Como los lucros provenientes de la economía azucare-

* UFF/CNPq/Faperj

¹ Evaldo Cabral de Mello, *Rubro Veio*, São Paulo, Alameda, 2008, pp. 61-88.

² Loreto Couto, *Desagravos do Brasil e glórias de Pernambuco*, Recife, Fundación de Cultura de la Ciudad de Recife, 1981, p. 342.

³ Evaldo Cabral de Mello, *Nassau, governador do Brasil holandês*, São Paulo, Companhia das Letras, 2006, p. 180.

⁴ Evaldo Cabral de Mello, *Olinda restaurada*, São Paulo, Editora 34, 2007, pp. 257-315; Jonathan Israel, *The Dutch Republic*, Oxford, Oxford University Press, 1998, pp. 713-726 y 766-776.



ra tardaban, los capitales retornaron a Europa. Por consiguiente, la propia Compañía tuvo que rescindir las deudas y, finalmente, presionar a los colonos. La revuelta luso-brasileña a partir de 1645 se fortaleció, entonces, con el endeudamiento de los señores y plantadores de caña y con la falta de percepción de la administración holandesa, para desagrado general. La restauración ocurrió con la participación intensa de los luso-brasileños, tanto los radicados en Pernambuco como los exiliados en Bahía que, a pesar de defender posiciones distintas durante la dominación, se unieron contra los neerlandeses.

A partir de 1644 se inició un movimiento de tropas entre Bahía y Pernambuco. André Vidal de Negreiros, João Fernandes Vieira, Felipe Camarão y Henrique Dias planeaban en secreto ataques contra objetivos neerlandeses. La resistencia unía a tres facciones, que en principio poseían intereses encontrados. Los primeros, según Evaldo Cabral de Mello, eran los señores exiliados en Bahía después de 1635, cuyas propiedades habían sido confiscadas y pretendían enfrentar a los holandeses para retomarlas. La segunda facción estaba compuesta por las familias que habían permanecido en el área bajo control holandés. Algunas eran francamente colaboracionistas, otras no tanto, mientras la mayoría mantuvo cierta distancia de las autoridades neerlandesas. La tercera estaba constituida por unos pocos luso-brasileños que adquirieron ingenios, casas y tierras abandonadas por los emigrados después de 1635.⁵

Durante el gobierno de Mauricio de Nassau esos bienes habían sido confiscados y subastados. Particulares holandeses, judíos y luso-brasileños los compraron con financiamiento concedido por la Compañía de las Indias Occidentales. Durante los años siguientes el número de propietarios luso-brasileños aumentó, pues, como destacó Gonsalves de Mello, la caída de los pre-

cios del azúcar incentivó a judíos y a holandeses a dejar de invertir y a vender sus propiedades a los colonos. Esta transferencia de bienes agravó el conflicto entre los pernambucanos, pues buena parte de esas tierras e ingenios pertenecía a los habitantes exiliados en Bahía. André Vidal de Negreiros y João Fernandes Vieira, importantes articuladores de la revuelta, eran de origen humilde, y en pocos años se convirtieron en prósperos señores de ingenios. En principio, esa situación podría inviabilizar la unión de los luso-brasileños. Sin embargo, la insurrección era el único recurso para que los señores expropiados retomasen su patrimonio.

Para los nuevos propietarios, por el contrario, era fundamental el comando de la revuelta, condición indispensable para impedir que la reacción no fuese contraria a sus intereses. Estaban profundamente endeudados con la Compañía de las Indias Occidentales y tenían que controlar las maquinaciones promovidas por los emigrados de Bahía. Los señores y los propietarios luso-brasileños radicados en Pernambuco dudaban ante la insurrección, pues podría librarlos de las deudas o llevarlos al cadalso. Este sector no se manifestó hasta los primeros triunfos militares contra los holandeses.⁶

Esta “ambivalencia de intereses”⁷ también afectó las relaciones entre luso-brasileños e indios. Si durante los embates los gobernadores de los indios y los comandantes de las tropas negras eran descritos como leales vasallos, después de 1654, al término de la guerra, estos liderazgos vieron cómo su prestigio era ofuscado por los luso-brasileños, como haremos evidente en las páginas siguientes. Finalmente, en la división de los laureles de la victoria cupo a Felipe Camarão un lugar en el panteón, a pesar de que ni él ni sus descendientes disfrutaron de las mismas recompensas materiales recibidas por los

⁵ Charles R. Boxer, *Os holandeses no Brasil*, Recife, CEPE, 2004, pp. 223-285; Hermann Wätjen, *O Domínio colonial holandês no Brasil*, São Paulo, Companhia Editora Nacional, 1938, pp. 222-287; Evaldo Cabral de Mello, *Olin-da restaurada...*, Rio de Janeiro, Nova Fronteira, 1975.

⁶ Evaldo Cabral de Mello, *op. cit.*, 1975; Evaldo Cabral de Mello, *Os holandeses no Brasil*; Paulo Herkenhoff (ed.), *O Brasil e os holandeses*, Rio de Janeiro, Sextante, 1999, pp. 20-41.

⁷ Para definición del concepto, véase Norbert Elias, *O processo civilizador*, Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1993, t. II, pp. 146-150.



líderes luso-brasileños de la “guerra de la libertad divina”.

Potiguaras, aliados portugueses

En las *Memórias Diárias da Guerra do Brasil*, dedicadas a Felipe IV de España, el conde y señor de Pernambuco, Duarte de Albuquerque Coelho, recordó la fidelidad de un indio conocido por los portugueses como Simão Soares y como Jaguarari por los de su nación. El valiente amerindio era un jefe potiguara y tío de Antônio Felipe Camarão. En 1625, en la bahía de la Traición, para libertar a su mujer y a sus hijos del asedio holandés, Simão Soares se pasó al lado enemigo, “obligado por el amor que les tenía”. Durante el rescate había sido hecho prisionero por el sargento de la plaza de Río Grande, en la capitania de Paraíba, y allí había permanecido encarcelado hasta 1633. Consiguió la libertad cuando los neerlandeses amenazaron con invadir la fortificación donde permanecía recluido: “Quitándole los grilletos, lo abandonaron más para que se ahogase que para que llegase a tierra”. En las memorias, el conde Albuquerque Coelho quiso narrar la saga de Simão Soares para destacar la fidelidad de los indios a la monarquía.

A pesar de haber permanecido prisionero de los portugueses durante ocho años, no se desvió de la promesa de ser buen y leal vasallo de la Corona. Cuando fue capturado, no obstante, de nada le sirvió haber probado su fidelidad en los muchos años que sirvió al rey, “y particularmente en la conquista del Marañón, con mucha gente más; cuando Jerônimo de Albuquerque se lo ganó a los franceses”.⁸ Sus servicios militares, por tanto, no contaron a la hora de libertarlo de una prisión injusta. Aun así, acompañado por su sobrino Antônio Felipe Camarão, luchó contra los neerlandeses y recibió del monarca la merced de 750 reales de sueldo, cuan-

tía que sería concedida a su esposa y a sus hijos tras su muerte. Con este caso, el autor de las memorias diarias destacó la lealtad de los jefes indígenas, pues mientras los militares aliados, en particular el sargento del fuerte, faltaban a sus obligaciones, Simão Soares las cumplía de forma ejemplar. Aun así, padeció injustamente en la cárcel durante ocho años.⁹

Ese episodio también remite a la división entre los potiguaras, pues en el Brasil holandés un grupo se unió a los neerlandeses mientras el otro defendió la resistencia luso-brasileña. El incidente comienza con la expulsión de esos invasores de Salvador en 1625, y su posterior establecimiento en la bahía de la Traición, en Paraíba. Según Joannes de Laet, el capitán Stapels siguió con una escolta hasta esta bahía, donde encontró portugueses, indios y treinta cajas de azúcar. Los amerindios los trataron de forma amistosa, mientras los lusos huyeron. En la hacienda, indios y holandeses encontraron tres “banderas portuguesas”, siendo una destruida por los nativos.¹⁰ Sin embargo, el Consejo de los XIX ordenó al almirante Hendricksz que atacase a los barcos españoles y abandonase la estancia rumbo al Caribe.¹¹ Al conocer la decisión los potiguaras quedaron perplejos, pues preveían la llegada de refuerzos portugueses. Trataron, entonces, de convencer a los holandeses para que los llevasen consigo, pero no había provisiones para mantener a tantos indios durante el viaje de regreso. Solamente aceptaron a unos pocos y los demás se quedaron en la bahía de la Traición, donde fueron masacrados por los portugueses.¹² Embarcaron con los holandeses

⁹ *Ibidem*, p. 157.

¹⁰ Joannes de Laet, “Historia ou Annaes dos feitos Companhia Privilegiada das Índias Occidentais desde o começo até o fim do anno de 1636” (trad. de José Higinio Duarte Pereira y Pedro Souto Maior), en *Anales de la Biblioteca Nacional de Janeiro*, vol. XXX, 1908, p. 96.

¹¹ Marcus P. Meuwese, “For the Peace and Well-being of the Country: Intercultural Mediators and the Dutch-Indian Relations in the New Netherland and Dutch Brazil, 1600-1664”, tesis, Notre Dame, Graduate School of Notre Dame University, 2003, p. 83.

¹² Joannes de Laet, *op. cit.*, p. 97.

⁸ Duarte de Albuquerque Coelho, *Memórias Diárias da Guerra do Brasil* (trad. de Paula Maciel Barbosa), São Paulo, Beca, 2003, pp. 156-157.

unos veinte indios, “para enseñarles su lengua y servirse después de ellos”.¹³

En seguida el jefe Simão Soares sería capturado, mientras unos pocos parientes eran conducidos a Europa. Entre los potiguaras estaban Antônio Paraupaba y Pedro Poti, que representarían más tarde la alianza entre indios y holandeses.¹⁴ Después de 1630 ambos regresaron a Pernambuco como valientes defensores del calvinismo y el dominio neerlandés, mientras los indios potiguaras Simão Soares, Antonio Felipe Camarão y Diogo Camarão actuaban al lado de los habitantes de Pernambuco y recibían mercedes por sus hechos militares.¹⁵

En este sentido, el maestro de gramática, natural de Porto pero residente en Pernambuco desde 1630, Diogo Lopes Santiago dejó claro en su historia de la guerra de Pernambuco que no todos los indios se aliaron a los luso-brasileños: “Solamente los indios de Camarão y algunos otros fueron siempre leales a los portugueses, peleando con ellos contra los enemigos, con gran satisfacción de todos [...]”. En varias ocasiones se registró, sin embargo, que los indios demostraron el odio que les tenían a los residentes de Pernambuco. Eran enemigos capitales, matando a unos y robando a otros cuando encontraban la oportunidad. En medio de las primeras embestidas neerlandesas más allá de Olinda y Recife, los indios aprovecharon la oportunidad para promover levantamientos en varias aldeas, y por fin se unieron a los enemigos. En la fortaleza de Río Grande, donde el indio Simão Soares había estado prisionero, promovieron inauditas crueldades, mataron mujeres y niños, así como a un religioso de Nuestra Señora del Carmen, convirtiendo

el lugar en un “teatro de las crueldades de estos bárbaros”, donde padecieron cerca de cuarenta habitantes.¹⁶

Sobrino del leal vasallo Simão Soares, Antônio Felipe Camarão luchó al lado de Matias Albuquerque contra los holandeses y recibió de su majestad, por los valiosos hechos militares, el hábito y la encomienda de la orden de Cristo y el título de don. Actuando como jefe, comandó a indios obedientes y diestros en lanzar flechas. Diogo Lopes Santiago narró los hechos memorables del maestre de campo João Fernandes Vieira, pero no se olvidó de registrar la lealtad de Felipe Camarão. Éste tuvo con los holandeses famosos encuentros, saliendo victorioso en varios embates, hasta tal punto que el maestre de campo de los holandeses, Cristóvão Artichewsky, reconoció que “un solo indio tenía poder para hacer que se retirase muchas veces”. El guerrero potiguara atacaba en lugares inesperados, “aguijoneaba” en una parte, luego en otra, hacía además muchas emboscadas, “enfadándolo e inquietando a los flamencos, y en una emboscada que le hizo mató a cuarenta o cincuenta” enemigos.¹⁷ En fin, los hechos extraordinarios de Camarão y de su tropa se repiten en los muchos capítulos de la obra de Santiago.

Entre holandeses y portugueses los indios eran conocidos por su crueldad, y por sus combates poco ortodoxos para los patrones europeos de guerra. Por eso eran atraídos por los dos oponentes, que evitaban enfrentarlos como enemigos. Entre los holandeses, los indios estaban exentos de sujeción y de trabajos impuestos, derechos garantizados por el reglamento de las plazas conquistadas. Por valerse de la habilidad bélica nativa, Matias de Albuquerque se empeñaba en mantener la amistad y la ayuda dispensadas por los indios de Camargo, y por otros tantos bajo el comando del jesuita Manuel de Moraes.¹⁸ Para fray Manuel Calado, Camarão “fue el más

¹³ Duarte de Albuquerque Coelho, *op. cit.*, p. 156.

¹⁴ Pedro Souto Maior, “Dois índios notáveis e parentes próximos”, en *Revista Trimestral del Instituto de Ceará*, vol. XXVI, 1912, pp. 61-71.

¹⁵ Sobre las disputas entre potiguaras y portugueses antes del episodio de la bahía de la Traición, véase Regina C. Gonsalves, *Guerras e açúcares*, Bauru, Edusc, 2007; para las guerras de Pernambuco se sugiere la importante síntesis de Pedro Puntoni, “As guerras no Atlântico Sul...”, en M. T. Barata y N. S. Teixeira (eds.), *Nova História Militar de Portugal*, Lisboa, Círculo de Lectores, 2004, vol. 2, pp. 282-291.

¹⁶ Diogo Lopes Santiago, *História da Guerra de Pernambuco*, Recife, CEPE, 2004, pp. 95, 81 y 71.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 40 y 112.

¹⁸ Sobre la catequesis del padre Manuel de Moraes, véase Ronaldo Vainfas, *Traição*, São Paulo, Companhia das Letras, 2008, pp. 45-46; José Antônio Gonsalves de Mello, “D.

leal soldado que El Rey tuvo en esta guerra, porque siempre acompañó a los portugueses con su gente en todos los trabajos y fatigas”.¹⁹ No obstante, el potiguara no se destacaba apenas por la habilidad con las armas ni por las estrategias hábiles en confundir a los enemigos. También se distinguía como cristiano devoto y protector de las iglesias maculadas por los calvinistas.

Durante un combate en Paraíba, próximo al fuerte del Cabedelo, mientras los soldados “brasileños y tapuyas” estaban preparados para marchar, Felipe Camarão se postró “en oración delante de una imagen de Cristo crucificado (que siempre llevaba consigo) pidiéndole favor contra los enemigos de su santa Fe, y así fue encontrado hincado de rodillas, y con los ojos bañados en lágrimas [...]”.²⁰ Para los cronistas de la guerra de Pernambuco, el indio no era apenas leal vasallo, sino también fiel cristiano. En carta a Pedro Poti, Camarão reveló otra cara de su fe, pues vislumbraba la intervención divina en las victorias lusitanas contra los infieles: “Si los portugueses tienen éxito en la guerra es porque, siendo cristiano, el Señor Dios no permite que huyan o se pierdan [...]”.²¹ Así, actuaba como un perfecto héroe lusitano que pautaba, como los caballeros de las órdenes militares, sus acciones en la defensa de la monarquía y de la Iglesia. Era, por tanto, digno de portar el título de Don, el hábito y la cruz de la Orden de Cristo. Estas cualidades, no obstante, se sumaban a sus llamadas para alistar a un número mayor de guerreros en la lucha contra el infiel. En este sentido, en carta a todos los indios, Felipe Camarão demostró enorme celo por la integridad de su tropa. Denunció incluso las artimañas engañosas de los holandeses para convencer a los indios a luchar por su causa y disminuir así el número de aliados bajo el comando cristiano.

Antônio Filipe Camarão”, en *Restauradores de Pernambuco*, Recife, Imprensa Universitária, 1967, pp. 18-19.

¹⁹ Frei Manuel Calado, *O valeroso Lucideno*, São Paulo, Edusp, 1987, t. 1, p. 52.

²⁰ *Ibidem*, t. II, p. 189.

²¹ Pedro Souto Maior, “Primera carta”, en *Fastos pernambucanos*, separata de la *Revista del Instituto Histórico y Geográfico Brasileño*, núm. 75, 1ª parte, 1913, p. 403.

Potiguaras, aliados neerlandeses

En marzo de 1646, el capitán mayor Camarão escribió en tupí una carta dirigida a los indios aliados a los flamencos. Inicialmente, recordó la promesa contraída con sus abuelos de proteger siempre a todos los de su “raza”. Recién retornado de Bahía, Camarão invocaba a sus “verdaderos patricios” a iniciar la ofensiva contra los invasores, como hacían en aquella época João Fernandes Vieira, Vidal de Negreiros y Henrique Dias. Bajo su protección, conduciría a las fuerzas indígenas a servir al monarca lusitano, “como vasallos de nuestro poderoso rey”, y a expulsar a los herejes de Pernambuco. Sin embargo, los capitanes potiguaras, Antônio Paraupaba y Pedro Poti, no compartían los ideales defendidos por Camarão, a pesar de que el último era pariente próximo. Imbuidos de sus ideas, los aliados de la Compañía de las Indias Occidentales conducían a muchos potiguaras a la causa neerlandesa. Sin embargo, don Felipe Camarão invocaba a su nación a abandonar a los invasores antes de la ruina total. En la misiva a los indios denunciaba las bellas promesas holandesas para engañarlos, aprovechándose de su inexperiencia (“como sois muy jóvenes”). Alertaba además de la traición, pues, una vez más, los invasores calvinistas pretendían abandonar Pernambuco y regresar a su patria. Sus navíos vendrían a buscar solamente a sus patricios y dejarían a los aliados indígenas en las “garras de los portugueses”, como había ocurrido en la bahía de la Traición en 1625.

Para alcanzar la salvación prometida por el capitán mayor Camarão, padre de todos los potiguaras, los indios deberían librarse rápidamente de los neerlandeses, pero no deberían dirigirse inmediatamente a los portugueses. Llevando una bandera blanca, buscarían directamente al capitán, que los introduciría en la lucha por la libertad divina. Implícita en la carta, la estrategia para ampliar el número de aliados era, por cierto, la fuente de la honra alcanzada por don Felipe entre los portugueses.²² Debido a que actuaba

²² Pedro Souto Maior, “Misiva de Filipe Camarão a los indios”, en *ibidem*, p. 411-414.



como intermediario, Felipe Camarão dependía tanto de los luso-brasileños como de los indios. Sin sus tropas indígenas él no tendría utilidad para la causa luso-brasileña. Sus hechos militares lo hicieron ser, además, respetado entre los indios de Pernambuco y los de las demás capitánías hasta Ceará.²³ Al comandar la enorme milicia potiguara, Camarão aumentaba su honra con cada victoria, aunque no se olvidaba de reafirmar la amistad jurada a los portugueses y a la fe católica: “Y pensad en nuestra salvación porque, como verdaderos cristianos que sois, tenéis no solamente que cuidar de la vida, sino también del alma y debéis saber que yo, vosotros y todos los que están con vosotros somos súbditos de su Majestad Católica El Rey de Portugal”.²⁴ Así, como en las crónicas luso-brasileñas, se hace evidente que los indios aliados, denominados “excelente raza”, se pautaban en la lealtad al rey y en la fe católica, dos atributos inherentes a los vasallos portugueses.

El prestigio de don Antônio resultaba de una tríada: fidelidad a la monarquía, fervor católico y capacidad de conseguir aliados. En la carta de 1646, y en las crónicas de guerra, existe una intrigante coincidencia, un discurso afinado y testimonio de la fusión entre los intereses indígenas y luso-brasileños. Como cliché, la tríada es palpable en las historias de fray Manoel Calado y de Diogo Lopes Santiago y, no menos evidente, en el convite a la guerra por la libertad divina, escrito en tupí y firmado por el capitán mayor Camarão. Su recurrencia, por cierto, volvió la escritura potiguara menos original, ofuscó el aura inherente al raro registro tupí. En este sentido, al comentar su fluidez en la lengua de Camões Santiago reveló una información preciosa, pues cuando Camarão “hablaba con personas principales hacía de intérprete (puesto que hablaba bien portugués) diciendo esto, porque hablando en portugués podía caer en algún error al pronunciar las

palabras por ser indio”.²⁵ Si el potiguara temía los errores al hablar, se concluye que su escritura no podía ser castiza. Sin discutir la pertinencia de la autoría por falta de elementos, investigo todavía la circulación del manifiesto.

Escrita originalmente en tupí, la carta debería ser leída entre los potiguaras para inducirlos a pasarse al lado portugués. El destinatario serían indios bajo el comando de Poti y Paraupaba, entre otros, que en aquel momento actuaban como líderes militares. De hecho, la lectura en voz alta estaría a cargo de nativos alfabetizados, o mejor, de los liderazgos indígenas, tal vez de antiguos discípulos del padre Manoel de Moraes. No obstante, la divulgación del manifiesto era francamente contraria a los intereses de los mencionados líderes, acusados de heréticos y traidores a la monarquía lusitana. Inmediatamente viene la pregunta: ¿leerían esos jefes a sus tropas una carta llamándolos a la traición? Dicho manifiesto, ciertamente, circuló entre los neerlandeses, pues fue encontrado, en tupí y en holandés, en el Archivo de la Compañía de las Indias Occidentales en La Haya.²⁶ En fin, de la proclamación de don Antônio surgen dos problemas de difícil resolución: determinar la influencia luso-brasileña en la composición de la carta; y entender por qué circulaba entre los enemigos iletrados.

Entre agosto y octubre de 1645 Diogo da Costa, el capitán D. Antônio Felipe Camarão y su primo, el sargento mayor don Diogo Pinheiro Camarão, firmaron algunas cartas dirigidas a los enemigos.²⁷ A diferencia de la proclamación a los potiguaras, éstas estaban dirigidas a los jefes, Pedro Poti y Antônio Paraupaba. Constituyen parte de una estrategia, anterior al manifiesto, destinada a convencer a los regidores de los indios hacia la causa portuguesa. Diogo Lopes Santiago recordó los insistentes pedidos a Poti y a sus indios para reforzar la resistencia portuguesa. Pariente próximo de don Antônio, no siguió los pasos de tan valeroso y virtuoso jefe, aun siendo aconsejado, en

²³ “Registro de una carta de su Majestad escrita a Matías de Albuquerque sobre los indios y sobre Camarão”, en *Documentos Históricos*, núm. 16, 1930, pp. 466-467.

²⁴ Pedro Souto Maior, “Misiva de Felipe Camarão...”, en *op. cit.*, pp. 411-414.

²⁵ Diogo Lopes Santiago, *op. cit.*, p. 528.

²⁶ José Antônio Gonsalves de Mello, *op. cit.*, Antônio Felipe Camarão”, p. 38.

²⁷ Pedro Souto Maior, *op. cit.*, 1913, pp. 403-407.

vano, para actuar al lado de los portugueses.²⁸ Consciente de la oferta y de la recusa, el Supremo Consejo holandés envió a Poti, como recompensa por la lealtad, dos piezas de fino lino. Para Nieuhof, las propuestas portuguesas se hicieron aún más insistentes a partir de 1645, inicio de la guerra por la libertad divina.

Quando los portugueses empezaron a armarse contra el Gobierno procuraron inducir, por medio de cartas repletas de promesas, a los regidores o comandantes de los brasileños a unirse a ellos. Estos no accedieron; al contrario, enviaron al Supremo Consejo, sin abrirlas, las cartas de Camaráo y de otros jefes insurgentes, a fin de evitar que sobre ellos pesase la sospecha de mantener correspondencia con el enemigo”.²⁹

Al responder las misivas, sin embargo, ellos se regían por una lógica idéntica a la de Felipe Camaráo, aunque defendía causas opuestas. Dos argumentos se destacan en la carta de Poti a don Antônio: la lealtad a los holandeses y el fervor religioso. El indio profesaba la doctrina calvinista, repudiaba la idolatría católica y defendía la legislación holandesa por prohibir la esclavitud de los indios. Para el regidor Pedro Poti, al ser tan favorable a los indios la alianza neerlandesa-potiguara pronto reuniría muchos secuaces y expulsaría a los portugueses, quienes tendrían que “huir; esos bandidos han de desaparecer como el viento”,³⁰ escribió el indio. En la carta fechada en octubre de 1645, donde respondía a las llamadas de don Antônio, el regidor de los indios, Pedro Poti, confesó tener vergüenza de su familia y de su nación, al verse “inducido por tantas cartas vuestras a la traición y deslealtad, esto es, a abandonar a mis legítimos jefes, de quien he recibido tantos beneficios”. Prometió ser soldado fiel a sus superiores hasta su muerte, pues él

²⁸ Diogo Lopes Santiago, *op. cit.*, p. 345.

²⁹ Joan Nieuohf. *Memorável viagem marítima e terrestre ao Brasil* (trad. de Moacir Vasconcelos), São Paulo/Belo Horizonte, Edusp/Itatiaia, 1981, p. 266.

³⁰ Pedro Souto Maior, “Carta de Pedro Poti”, en *op. cit.*, 1913, pp. 407- 410.

y sus familiares vivían libremente, sin el temor de la esclavitud y de la perfidia portuguesa. En varias ocasiones Poti denunció que los lusos los habían atacado cobardemente, provocando masacres, como el de la bahía de la Traición, eventos todavía “muy frescos en la memoria”. Como don Antônio, él se consideraba un cristiano, aunque “mejor que tú”, pues creía “sólo en Cristo, sin macular la religión con la idolatría como haces con la tuya. Aprendí la religión cristiana y la practico diariamente, y si tú la hubieses aprendido no servirías” a los portugueses.

A lo largo de la carta, Poti entendía la alianza entre potiguaras y neerlandeses como promotora de la libertad disfrutada por su nación. Los holandeses los llamaban y los trataban como hermanos, motivo suficiente para resistir a los reiterados convites de los oponentes: “No, Felipe, vosotros os dejáis engañar; es evidente que el plan de los perversos portugueses no es otro sino el de apoderarse de este país, y entonces asesinar o esclavizar tanto a vosotros como a todos nosotros”. Convocaba, igualmente, a los potiguaras de don Antônio a abandonar la causa portuguesa para vivir juntos en la tierra que era su patria, “en el seno de toda nuestra familia”. Al contrario de la carta de Camaráo dirigida los indios, para Poti los neerlandeses eran todavía más ricos que los portugueses, promovían socorros con el envío de grandes armadas y pronto se apoderarían de todo Brasil, pues el rey de Portugal se encontraba en situación difícil, sin recursos ni fuerzas. Sus aliados mantenían posiciones no solamente en Pernambuco, sino también en las Indias Orientales y en muchas otras tierras. Él, en fin, consideraba inconcebible hablar de la debilidad de los Países Bajos: “Estuve y me eduqué en su país. Existen allí navíos, gente, dinero y todo en tanta abundancia como las estrellas del cielo; y de eso vino para aquí alguna cosa”.³¹

Ya favorables a los portugueses, ya a los neerlandeses, estos testimonios nos remiten al problema suscitado por la inserción de los tupís en la trama de la colonización. Los registros no dejan dudas del empleo de valores cristianos y

³¹ *Ibidem*, p. 409.

políticos, propios del Antiguo Régimen, por parte de Poti y Camaráo. Lealtad y fe constituyen los temas centrales en sus estrategias para fortalecer las alianzas con los colonizadores. Sin duda, en aquella época, servicios y lealtades presuponian justa recompensa. Del lado neerlandés, los jefes potiguaras, ciertamente, se movían según esta lógica, luchaban contra los portugueses para preservar sus liderazgos y pleitear mayor autonomía para su nación. Inicialmente, Poti y Paraupaba no actuaban como líderes indígenas, sino como meros intérpretes de funcionarios holandeses. Efectivamente, en Recife el gobierno de la Compañía de las Indias marginaba a esos indios por dudar de su lealtad. Para revertir la situación, ambos procuraron negociar directamente con el Consejo de los XIX en Ámsterdam y pleitear el control de puestos en el Brasil holandés. Demostraban, entonces, dominar los canales de negociación, el juego político, entre el centro y las periferias.³²

En el centro, el apoyo a la misión de Poti y Paraupaba se orientaba por el refuerzo de la alianza militar y por el ideal de transformarlos en protestantes sedentarios. Los holandeses andaban todavía temerosos por la epidemia de varicela y por la desastrosa participación tupí en la guerra contra los portugueses en el África Occidental. Las pesadas bajas podrían fortalecer la propaganda lusa destinada a ampliar el número de aliados indígenas. Esta coyuntura favoreció el pleito de los potiguaras para el establecimiento de jurisdicción propia, del autogobierno para los tupís. Después de alcanzar las metas, ambos retornaron a Pernambuco en marzo de 1645. A pesar de que el Supremo Consejo apoyó las peticiones de mayor autonomía para las aldeas, los oficiales de Recife veían con desconfianza las intenciones diplomáticas de los indios. Dudaban, sobre todo, de su lealtad. Se percibe, entonces, cómo defendió Marcus Meuwese el recurso empleado por los potiguaras para fortalecer sus posiciones en Pernambuco, recurriendo al Consejo de los XIX en Ámsterdam. Sin embargo, en un primer momento la estrategia para convertirlos

en líderes indígenas no tuvo el éxito esperado. De hecho, sólo ocuparían posiciones de relevancia después de iniciada la guerra promovida por la resistencia luso-brasileña.³³ Si inicialmente no obtuvieron el control de las comunidades nativas, después de que se intensificaron los combates los oficiales no podían prescindir de la trama de aliados controlada por los dos potiguaras. Por consiguiente, tan pronto como se convirtieron en guerreros se iniciaron las embestidas epistolares de Felipe Camaráo con la intención de atraerlos hacia la causa portuguesa.

En suma, Poti y Paraupaba recurrieron al Consejo de los XIX para incrementar la alianza militar y pleitear mayor autonomía para su nación. Sus hechos serían recompensados con privilegios que serían redistribuidos entre sus parientes y protegidos, como veremos a continuación. Las tácticas de defensa de la nación potiguara se encontraban pormenorizadas en los dos manifiestos de Antônio Paraupaba, remitidos entre 1654 y 1656 a los Señores Estados Generales de los Países Bajos Unidos. En contraste, en la carta de don Antônio a los indios no estaba explícita la defensa de su comunidad, sino que predicaba la unión de los potiguaras para enfrentar a los herejes calvinistas. Mas al carecer de aliados Camaráo no tendría utilidad para los portugueses, perdería el mayor triunfo y la fuente de su poder.

Después de 1654 los neerlandeses y sus principales aliados dejaron Pernambuco como derrotados de guerra. Antes, en la segunda batalla de Guararapes, Poti había sido hecho prisionero, terminado así, de forma poco honrosa, su participación en los eventos. Al comentar el episodio Diogo Lopes Santiago recordó que Poti nunca atendió a los pedidos de Camaráo para luchar por los portugueses. Al fin de la batalla, junto a dos mil enemigos yacían muertos capitanes, oficiales, el coronel y el almirante. Los portugueses también hicieron rehén al aliado flamenco Poti, que permaneció encarcelado durante dos años y medio. Embarcado como prisionero, encontraría

³² Edward Shils, *Centro e periferia*, Lisboa, Difel, 1992.

³³ Para mayores detalles de la negociación, véase Marcus P. Meuwese, *op. cit.*, pp. 171-183.



la muerte rumbo a Portugal.³⁴ La versión de Paraupaba de la muerte del compañero destacaba la crueldad de los portugueses. Bárbaramente tratado, Poti padeció los más diversos tormentos, “fue lanzado, preso por una cadena de hierro de pies y manos, a un pozo oscuro, recibiendo por alimento únicamente pan y agua, y realizando allí mismo durante seis largos meses sus necesidades naturales”. A veces era liberado para aprovechar la luz solar, momento en el cual religiosos y algunos parientes lo forzaban a abjurar del calvinismo y a prestar vasallaje al soberano portugués. En caso de que aceptase la nueva alianza, recibiría una patente de capitán, “garantizándole en el futuro mayores ventajas”.³⁵

Después de la derrota, Paraupaba pasó a residir en Holanda con dos hijos. Sin indios para liderar, se mantuvo con un puesto en la caballería de Hertogenbosch.³⁶ Nada más al llegar, redactó el primer manifiesto para sensibilizar a los Estados Generales y salvar a sus parientes de la venganza portuguesa, visto que habían permanecido en Brasil sin apoyo holandés. Lejos de sus parientes, el potiguara perdía entre los holandeses su principal triunfo político, conducir milicias indígenas a la guerra con los luso-brasileños. En el manifiesto a las autoridades de los Estados Generales, en 1654, renovaba sus votos a la verdadera fe cristiana reformada y rogaba por auxilio para salvar a su nación de las garras portuguesas. Para evitar las crueles matanzas, relató Paraupaba, los jefes se llevaron a las mujeres y a los niños a las tierras inhóspitas próximas a Cambresine, en el sertón más allá de Ceará. Permanecieron en medio de feroces animales durante dos años, “conservándose a disposición de este Estado y fieles a la Religión Reformada que aprendieron y practican”. Esta gente solamente contaba con apoyo del holandés para librarlos del triste sino y continuar la lucha que los haría libres de la opresión lusitana. De lo contrario, la nación potiguara y los demás in-

dios no tendrían la recompensa “por sus fieles servicios y tantas y tan largas miserias, hambres y masacres”.³⁷

El tono dramático del manifiesto no sensibilizó a las autoridades en Ámsterdam. Sus hechos contra los rebeldes luso-brasileños no merecieron esa recompensa, pero ni así desistió de sus intentos. Dos años después, el potiguara “exiliado” en los Países Bajos lanzó un llamamiento más. En este segundo manifiesto Paraupaba renovó el pacto con las autoridades holandesas, basado en la lealtad militar y en la fe renovada. Describió las innumerables atrocidades perpetradas por los portugueses y las condiciones adversas enfrentadas por los indios refugiados en el sertón remoto. Solicitaba, una vez más, el envío de tropas para librar a su nación de la venganza portuguesa. Su súplica, una vez más, fue en vano. Moriría justo después del envío del segundo manifiesto. Entre neerlandeses y potiguaras, en fin, la alianza militar y religiosa enfrentaba muchos obstáculos. Si durante los combates la desconfianza de los oficiales de Recife era mitigada frente a la carencia de soldados en los campos de batalla, después de la retirada neerlandesa no había ya interés en renovar el pacto. Políticamente, Paraupaba estaba aniquilado. De hecho, no defendía apenas a su nación, luchaba para recuperar su prestigio perdido desde la derrota contra los portugueses de Pernambuco.

El prestigio de los jefes potiguaras, sin embargo, no se debilitó sólo con la pérdida de Recife. Mucho antes, no eran novedad las sospechas sobre el fervor religioso de los indios convertidos al calvinismo. Aunque los indios reafirmaban en cartas y manifiestos la defensa de la verdadera religión, los oficiales y pastores holandeses denuncian a menudo las prácticas de ritos y de danzas indígenas entre los indios convertidos. Percibían también el empleo de crucifijos y rosarios, símbolos del catolicismo que deberían estar abolidos del día a día potiguara. Consideraban, en fin, que los indios estaban lejos de profesar la verdadera religión calvinista. La administra-

³⁴ Diogo Lopes Santiago, *op. cit.*, p. 555.

³⁵ Pedro Souto Maior, “Segunda exposición de Paraupaba, en 1656”, en *op. cit.*, 1913, pp. 430-431.

³⁶ Marcus P. Meuwese, *op. cit.*, p. 207.

³⁷ Pedro Souto Maior, “Primera exposición de Paraupaba en 1654”, en *op. cit.*, 1913, p. 429.

ción holandesa en tiempos de Nassau enfrentaba, igualmente, el problema del alcoholismo entre los tupís. El Supremo Consejo intentó prohibir el consumo de bebidas, pues el hábito era contrario al buen rendimiento de los indios en los cultivos y en los servicios militares. El director de los indios, Johannes Listry, relató que los jefes eran incapaces de controlar los desórdenes en las aldeas, pues padecían los mismos vicios que sus subordinados. Además de la alianza y del fervor religioso, se empeñaban en la producción y en el consumo de bebidas.

En marzo de 1642 el mismo director comunicó a Nassau el vergonzoso hábito de Pedro Poti de consumir exageradamente bebidas alcohólicas. Raramente estaba sobrio, afirmaba Listry. Llamado a presencia de João Maurício, el potiguara prometió no perpetuar los embarazos provocados por la embriaguez. Las denuncias contra Poti, sin embargo, apenas se referían al exceso de alcohol. En la aldea Masariba, el ministro calvinista Thomas Kemp protestó por la conducta impropia del capitán Pedro Poti. Además de la ingestión de *cauim* y aguardiente, Kemp sospechaba que él y los demás danzaban y pintaban el cuerpo al modo tupí. En fin, numerosos testimonios apuntaban el inadecuado comportamiento de los indios convertidos al calvinismo y educados, a expensas de la Compañía de las Indias Occidentales, en los Países Bajos. El Consejo de los XIX constató, con desilusión, la quiebra del proyecto de civilizar a los potiguaras. De los recursos gastados en esta operación no resultaron buenos calvinistas. Poti y Paraupaba perpetuaban hábitos no muy diferentes de los encontrados en las muchas aldeas de Brasil.³⁸

Sabían escribir y expresarse, dominaban los circuitos políticos, el juego entre las autoridades, pero no emplearon esta habilidad para defender la causa holandesa. Pretendían fortalecer su nación y mantener sus liderazgos, como jefes indígenas, pero para ello era imprescindible el apoyo de los flamencos. Al contrario de

Meuwese, considero que los jefes potiguaras no pretendían únicamente alcanzar la autonomía política de su nación. Con la intervención ante el Consejo de los XIX, Poti y Paraupaba reforzaban la independencia de su pueblo para mantener y fortalecer el propio poder de liderazgo.

Las dificultades se encontraban también en las leyes favorables a la libertad de los indios. Sin embargo, Pedro Poti era categórico al defender el tratamiento amistoso dispensado por los holandeses a los indios, pues afirmó que nunca había oído decir que hubiesen esclavizado a los indios o los hubiesen mantenido en servidumbre.³⁹ En este sentido, antes incluso de la invasión de Pernambuco los neerlandeses establecieron el derecho de los indios a la libertad. En 1629, el reglamento de las nuevas plazas conquistadas aseguraba que los nativos permaneciesen libres de la esclavitud. Ese principio no siempre fue respetado, aunque el gobierno de Nassau y el Consejo de los XIX se preocupasen por crear aliados nativos. Ambos culpaban a la “diabólica codicia de la inconstante riqueza”, responsable de la evidente explotación de los indios. Las promesas y las resoluciones, por tanto, no los protegían de los trabajos compulsorios. En carta a la Cámara de Zelandia, Gedeon Morris denunciaba la falta de respeto al reglamento de 1629, al afirmar que los indios libres tan sólo tenían el nombre de libre, pues de hecho eran esclavos, siervos obligados a trabajar durante un mes y recibir como sueldo tres varas de paño.⁴⁰ Entre el centro y en las periferias las leyes neerlandesas eran sometidas a la prueba de fuego, y no raramente se alteraban.

Una vez más se hace evidente que la autonomía de los indios, defendida por los jefes potiguaras, contrariaba los intereses coloniales neerlandeses. En este punto reside la ambivalencia de intereses recurrente no sólo en las relaciones entre tupís y holandeses, sino también entre tupís y portugueses. La civilidad de sus hábitos, el abandono de la bebida, las danzas y

³⁸ Marcus P. Meuwese, *op. cit.*, pp. 162, 166-168 y 175; véase también José Antônio Gonsalves de Mello, *Tempo dos flamengos*, Recife, Masangana, 1987, pp. 197-225.

³⁹ Pedro Souto Maior, “Carta de Pedro Poti”, en *op. cit.*, p. 408.

⁴⁰ José Antônio Gonsalves de Mello, *op. cit.*, p. 207.

las pinturas corporales no los haría iguales a los portugueses y neerlandeses. La absorción de los valores cristianos ni siquiera los transformaría en dóciles agentes de la colonización. Los servicios y las recompensas alcanzados por don Antônio Felipe Camarão padecieron la misma ambivalencia detectada en la trayectoria de Poti y Paraupaba.

Honra malograda

En carta regia de mayo de 1633, Felipe IV de España reconocía los servicios prestados por los indios liderados por Felipe Camarão a partir del atestado enviado a Lisboa por el general Matías de Albuquerque. Para mantener a los indios quietos y obedientes, el soberano enviaba algunas mercancías, como paño de lino, peines, cuchillos, tijeras, espejos y avalorios y “otras cosas semejantes con que se obliguen a acudir a la guerra”. Al jefe, Antônio Felipe Camarão, tenido como buen cristiano y respetado por todos los indios de la capitanía de Pernambuco y de las demás hasta Ceará, le concedía sin embargo la merced del hábito de la Orden de Cristo con 40 mil reales de renta, una patente de capitán mayor de los indios potiguaras con otros 40 mil reales de sueldo pagados en el depósito de aquella capitanía. Entre las mencionadas gracias incluía además un blasón de armas.⁴¹ Dos años después, llegó a Pernambuco un documento con noticias sobre el hábito de Cristo y el título de Don. Desde entonces, el jefe potiguara era nombrado don Antônio Felipe Camarão. Data de 1638 la noticia de la merced de una “encomienda de doscientos ducados” recibida por el jefe,⁴² aunque la gracia de su majestad era referente al año de 1641. En carta al conde da Torre, la regente de Portugal, la princesa Margarida, le concedió la prestigiosa merced y una cadena de oro, valorada en dos mil reales, con una medalla de

la princesa. Las dádivas eran recompensas por los servicios prestados por el potiguara en abril de 1638, cuando se habían rechazado las embestidas de Nassau para invadir la ciudad de Salvador de Bahía.⁴³

Inicialmente, los caballeros de las órdenes militares eran defensores de la cristiandad, luchaban contra los infieles y prestaban vasallaje al papa. Poco a poco, el hábito de caballero perdió el áurea religiosa y se convirtió en un símbolo de la monarquía. En Portugal, el soberano era administrador de las órdenes militares y empleó sus recursos en premiar los hechos bélicos de sus vasallos. Al recurrir al fabuloso patrimonio de las órdenes, antes bajo el comando del sumo pontífice, los reyes incentivaron a los guerreros a consolidar las fronteras del reino, a luchar contra los moros y los castellanos, a acelerar el proceso de centralización y de consolidación de la monarquía lusitana. Los caballeros contribuyeron además a la manutención de las conquistas ultramarinas frente a las amenazas de los infieles. En las guerras de Pernambuco los hábitos de las órdenes militares eran el principal triunfo para remunerar la valentía y lealtad de súbditos como Felipe Camarão.

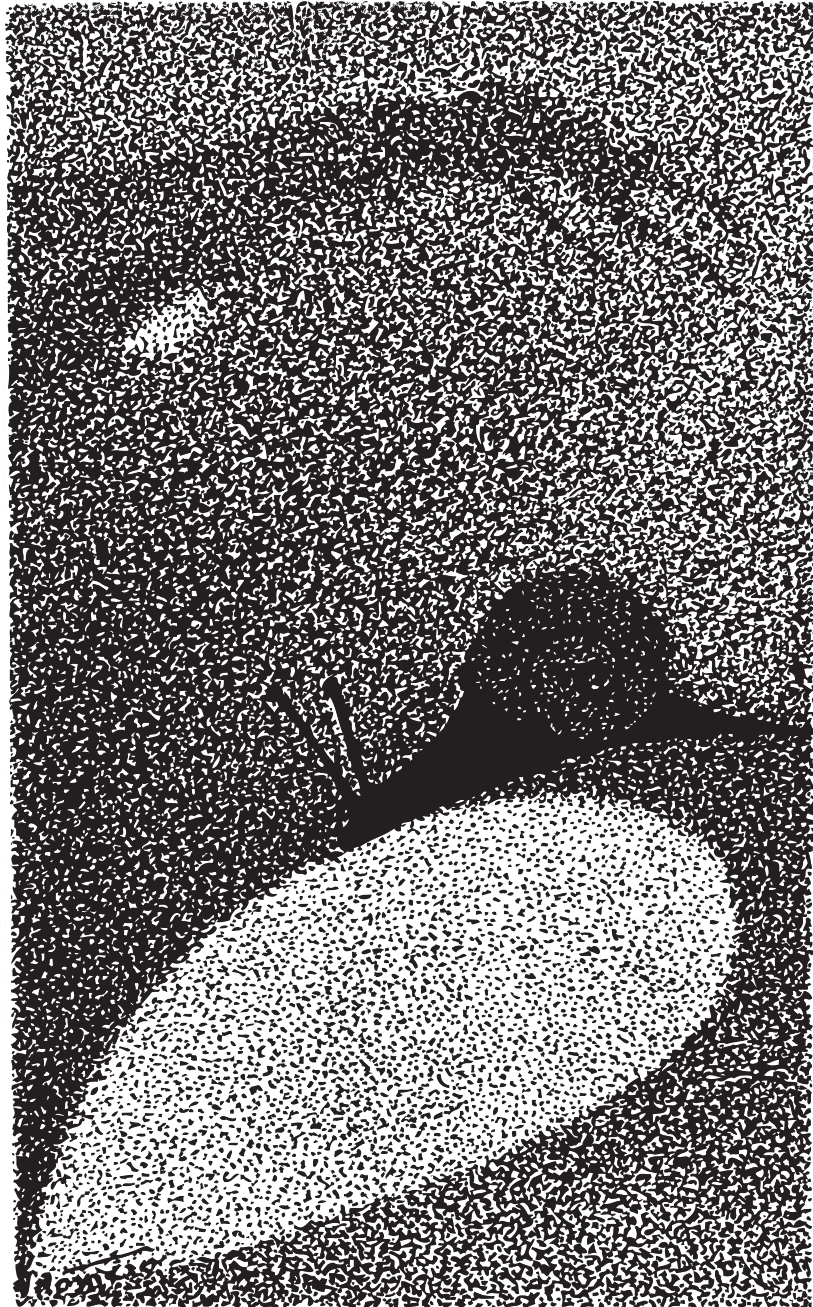
Los caballeros pertenecían a la nobleza, por disponer de fuero especial, inmunidades y rentas pagadas con el patrimonio de las órdenes o con las aduanas locales. Entre otros privilegios, los caballeros y los comendadores de las órdenes militares tenían pensiones y fuero privativo cuando se envolvían en causas criminales y civiles, por ser personas religiosas.⁴⁴ Contando con el fuero eclesiástico, serían juzgados solamente por los jueces de los caballeros, e incluso así aún podían apelar a la corte de tercera instancia. Si recibían la condenación de la Mesa de Conciencia y Órdenes y del rey, maestre de las órdenes, no serían castigados en público. En casos rela-

⁴¹ “Registro de una carta de su Majestad...”, en *Documentos Históricos*, vol. 16, 1930, pp. 466-467.

⁴² Duarte de Albuquerque Coelho, *op. cit.*, pp. 249 y 335.

⁴³ José Antônio Gonsalves de Mello, “D. Antônio Filipe Camarão”, *op. cit.*, p. 29.

⁴⁴ Francis Dutra, “Membership in the Order of Christ in the Seventeenth Century: Its Rights, Privileges, and Obligations”, en *The Americas*, núm. 27, 1970, pp. 18-19.



cionados con crímenes graves, perdían la insignia antes de recibir el castigo.

Envueltos en crímenes, existía una gran posibilidad de que el caballero permaneciese impune, pues el juez de los caballeros era figura rara en las conquistas portuguesas de América. Así, la sentencia no podía ser cumplida y el reo no sería castigado por las autoridades locales. La concesión de hábitos a los indios los dotaba, por ley, de honras inalcanzables para buena parte de los habitantes de la América portuguesa. Cuando se concedía el hábito a un indio se promovía la inversión de las jerarquías y la merced creaba embarazos a los gobernadores y capitanes, avivando disputas locales y dificultando la acción de los misioneros.

Aun así, los soberanos prometieron a varios jefes el título de caballero de una orden militar, pero no siempre la honra se hacía efectiva, como le ocurrió a Felipe Camargo. En la Cancillería de la Orden se conserva la siguiente merced al valeroso potiguara: “Desde entonces, D. Antônio Felipe Camarão contó, según deseo de Su Majestad, con el título de Frei, caballero profeso y comendador de la encomienda de los molinos de la villa de Soure”. Para ello, en dos años el indio agraciado debería pagar lo que debía a la Orden de Cristo, en caso contrario perdería parte de la merced. El documento de la Cancillería de la Orden de Cristo recordaba aún la necesidad de recurrir a la dispensa papal como condición para recibir la merced. En caso de que no alcanzase el perdón, Felipe Camarão no sería beneficiado, pues para disponer de los rendimientos provenientes de la encomienda en Portugal eran necesarios servicios militares del norte de África.⁴⁵

La hoja de servicios del jefe potiguara era extensa. Además de las batallas, tras recibir la encomienda, don Antônio sobresalió como protector de los civiles en fuga de Itamaracá y Paraíba. Diogo Lopes Santiago relató el episodio y destacó el servicio del tercio de Paraíba, de capitanes

de la infantería y de las ordenanzas de la tierra al acompañar “a los habitantes para defenderlos, en caso de que el enemigo los acometiese en la jornada y Camarão viniese en la retaguardia con otros”.⁴⁶ En seguida, para obtener provisiones se dirigió hacia el Río Grande para reunir ganado y enviarlo al campamento de Pernambuco. Además de las provisiones para la tropa, el hecho tenía la intención de hacer inviable, por falta de abastecimiento, la permanencia de los neerlandeses en el Forte Ceulen.⁴⁷ Sin embargo, no participó en los eventos que llevaron a la victoria final de los luso-brasileños. Sus últimas hazañas fueron registradas en las narraciones de la primera batalla de los Guararapes, el 19 de abril de 1648. Allí Camarão participó en su último combate contra los holandeses. Cerca de un mes después, a los 48 años, “falleció de enfermedad”, lejos de los campos de guerra. “Tan fidelísimo a la nación portuguesa”, soldado astuto, buen cristiano y virtuoso, don Antônio oía misa todos los días y rezaba el oficio de Nuestra Señora. Sus predicados, según Lopes Santiago, le valieron el puesto de gobernador de los indios de Brasil, el título de Don y el hábito de la Orden de Cristo. Por su lealtad y su fervor religioso, fue “enterrado con mucha honra y pompa funeral en la iglesia del campamento, dejando a sus soldados indios muy apesadumbrados con su muerte”.⁴⁸

Al construir al héroe, Santiago cometió algunos errores y tuvo algunos *lapsus* de memoria: además de olvidar la encomienda, se equivocó al denominarlo gobernador de los indios de Brasil cuando, de hecho, según la documentación era simplemente capitán de los potiguaras y gobernador de los indios de Pernambuco. De la derrota portuguesa en Porto Calvo (febrero de 1637), el cronista no dejó de mencionar la presencia de don Antônio, aunque relató de forma oscura su contribución en el evento. Allí participaron mil 180 soldados, entre ellos 300 indios encabezados

⁴⁵ IANTT–Chancelaria da Ordem de Cristo, lib. 36 ff. 36-36v; 236 fl. 10-10v; lib. 24, ff. 447-447v. Agradezco a Ronaldo Vainfas haberme facilitado estos documentos; véase también *Documentos Históricos*, vol. 17, pp. 290-291.

⁴⁶ Diogo Lopes Santiago, *op. cit.*, p. 426.

⁴⁷ José Antônio Gonsalves de Mello, “D. Antônio Filipe Camarão”, *op. cit.*, p. 46.

⁴⁸ Diogo Lopes Santiago, *op. cit.*, p. 528.

por Camarão. Debido al número muy superior de efectivos y de armas, las fuerzas comandadas por Nassau resultaron victoriosas. Al narrar la derrota de la tropa, Santiago únicamente comentó acerca de la actuación del valeroso potiguara, sólo recordó que el hidalgo condujo a todos los indios de su tropa, “también llevó en un caballo, con una lanza en la mano, a su mujer, Dona Clara”.⁴⁹ Menos preocupado por la construcción de héroes, el donatario Duarte de Albuquerque Coelho reveló que los indios bajo el comando de Felipe Camarão se habían comportado mal en esta batalla. En cambio, los negros del tercio de Henrique Dias habían luchado con bravura, a pesar de no haber obtenido la victoria.⁵⁰ Los detalles más sórdidos serían ofrecidos por un anónimo:

Camarão no hizo aquel día más que emborracharse con el aguardiente que le dieron, cosa que nunca había hecho y con esto ninguno de los suyos hizo nada, no lo hizo así Henrique Dias, porque con los suyos procedió muy bien.⁵¹

A pesar de que sus compañeros de guerra han registrado debidamente sus recompensas, en relación con don Antônio existe una notable falta de información. En la Cancillería de la Orden de Cristo no existe el proceso de habilitación, ni la carta de hábito, ni la licencia para ser nombrado caballero. Por cierto, con la intención de preservar las alianzas consolidadas por los Austrias, don João IV, recién establecido en el trono, trató de confirmar las mercedes, sin hacer los debidos decretos, provisiones y registros en la Cancillería.⁵² De todos modos se registró la encomienda, que a su vez le concedía el hábito. Sobre la patente de capitán mayor de los potiguaras y el

blasón de armas, nada se consiguió averiguar. En relación con la encomienda, en 1645 se exigía el pago del servicio de demarcación, medición y división de los bienes. En plena guerra, don Antônio tal vez no tuviese recursos ni disponibilidad para enterarse de su patrimonio. Por cierto, falleció, tres años después, sin usufructuar los beneficios del título de comendador.

De su heredero se sabe, en principio, que el gobernador de Pernambuco, Francisco Brito Freire, lo recogió en su casa para adoctrinarlo, como homenaje a las bravuras paternas.⁵³ No heredó del padre estos privilegios, ni la encomienda, ni el hábito, a pesar de que podía presentar al Consejo Ultramarino los servicios paternos que no resultaron en merced. Como las últimas no fueron hechas efectivas, el hijo podría escribir al monarca para suplicar recompensa por los hechos militares del padre. De hecho, era común la presentación de servicios prestados por antepasados muertos en el momento de pleitear hábitos de las órdenes militares. Muchos jefes tupís, como Araribóia, perpetuaron el prestigio alcanzado en hechos militares, transfiriendo a sus hijos patentes y control sobre tierras.⁵⁴

Años después de la muerte de don Antônio Felipe, precisamente en 1682, el puesto de capitán mayor y gobernador de los indios de las aldeas de Pernambuco estaba de nuevo desocupado. Antes había sido destituido don Antônio João Camargo, debido a incidentes relacionados con muertes de indios. El gobernador de Pernambuco, don João de Sousa (1682-1685), decidió castigar al gobernador de los indios por mal procedimiento. Sería acusado de insultar y consentir en sus aldeas asesinatos sin el debido castigo. Actuó contra el servicio de su Alteza al matar, de forma escandalosa y tiránica, a una india a cuchilladas. En su primer año de gobierno, don João de Sosa, a partir de denuncia hecha por mi-

⁴⁹ *Ibidem*, p. 118.

⁵⁰ Duarte de Albuquerque Coelho, *op. cit.*, p. 287.

⁵¹ Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de Lisboa, Códice de 1555, ff. 209-212.

⁵² Fernanda Olival, *As Ordens Militares e o Estado Moderno: honra, mercê e venalidade em Portugal (1641-1789)*, Lisboa, Estar, 2001, p. 107.

⁵³ José Antônio Gonsalves de Mello, “D. Antônio Filipe Camarão”, *op. cit.*, pp. 20-21 y 49.

⁵⁴ La Sesmaria, donada en 1568 a Araribóia, sería confirmada en 1684; véase Archivo Nacional, Sesmarías-Inventarios, BI 15.2822; “Os indios da aldeia de Berbané”, licencia de 26 de octubre de 1684, en *Publicación del Archivo Nacional*, núm. 27, 1931, p. 80.

sioneros, dio orden de prisión al mencionado jefe indígena. Tras ser decretada, escribió al gobernador, D. Antônio João Camarão:

[...] se ausentó de su aldea, abandonando su puesto y faltando a la obediencia que me debía, por lo que atendiendo todas las citadas razones, y a las demás que sobre esta materia me dieron los religiosos misioneros, que asisten en aquellas aldeas, creí muy conveniente al servicio de Dios, como de aquellos indios, ocupar dicho puesto con una persona de mejor celo y doctrina.⁵⁵

Años después, don Antônio João Camarão desembarcaba en Lisboa en busca de recompensas por servicios militares. Estaba en compañía de su protector, el gobernador general y almotacén mayor Antônio Luís Gonçalves da Câmara Coutinho (1690-1694). Éste lo tiene en su casa, dándole sustento para que pudiese reclamarle al soberano la remuneración de sus servicios, además de cobrar las mercedes merecidas por la participación de su padre en las guerras de Pernambuco, don Antônio Felipe Camarão. En consulta del Consejo Ultramarino al rey D. Pedro II, se hace evidente que el gobernador de los indios destituido por mal procedimiento y asesinato estaba en la miseria, aun siendo hijo de héroe de las guerras de Pernambuco. No heredó la patente de gobernador de los indios directamente del padre, pues el sucesor de Felipe Camarão fue su primo, Diogo Pinheiro Camarão. En 1695, ciertamente con edad avanzada, recurría a las autoridades metropolitanas para alcanzar merced por los servicios prestados por el padre. Por no portar los documentos comprobatorios, ni el testamento paterno, no podía solicitar los privilegios

suplicados. Siendo indio pobre e incapaz de financiar el viaje de retorno a Pernambuco, el Consejo concedía “una ayuda de coste para él y para sus dos compañeros, y una ración para ellos en la nao Nuestra Señora de la Estrella que va para Bahía para desde allí seguir Pernambuco”.⁵⁶ Con respecto a los servicios prestados por don Felipe Camarão, su hijo recibió solamente 30 mil reales de ayuda de coste y se retiró a Pernambuco.

Las recompensas inherentes a los servicios militares escaparon de las manos del padre y del hijo, pues ni siquiera el viaje a Lisboa, ni el apoyo del almotacén mayor fueron capaces de sensibilizar al Consejo Ultramarino. Sus expectativas de honra fueron malogradas, pues el monarca, en su atributo de justiciero, no siempre recompensó con equidad los hechos en las guerras de Pernambuco. Así, no restan dudas de la habilidad y de las estrategias trazadas por los jefes potiguaras para obtener los símbolos de prestigio propios de las sociedades ibéricas del Antiguo Régimen. Sin embargo, en una sociedad estamental los bienes materiales y simbólicos no eran franqueados a los súbditos de sangre impura, portadores de defecto mecánico e inclinados a hábitos controvertidos. Fracaso semejante también alcanzó a los potiguaras aliados de los neerlandeses. Sin sus tropas y aislado en los Países Bajos, Paraupaba perdió el principal triunfo para sostener sus reivindicaciones. En fin, frente a los colonizadores, fuesen portugueses o neerlandeses, los jefes indígenas solamente tendrían valor en caso de que reuniesen milicias capaces de ahuyentar a los invasores. Si no eran capaces de comandar guerreros tupís para defender y mantener el orden, los jefes rápidamente caerían en desgracia, como le sucedió a tantos jefes en el periodo colonial.

⁵⁵ F. A. Perera da Costa, *Anais pernambucanos*, Recife, Fundarp, 1983, vol. 3, p. 45.

⁵⁶ Archivo de Historia Ultramarina (AHU), Pernambuco cx. 17 doc. 1675. Consulta del Consejo Ultramarino al rey D. Pedro II, sobre el requerimiento del capitán mayor de los Indios de la capitanía de Pernambuco, D. Antônio João Camarão, pidiendo ayuda de coste para regresar a la misma, 14 de marzo de 1695.

